

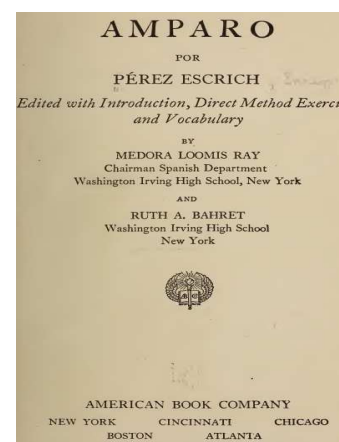
Pérez Escrig y 'la millor terreta del mon'

Ricart García moya

«Yo, como valenciano, no concibo una fiesta sin pólvora.» (Pérez Escrig, E.: *Los cazadores*, Madrid, 1876, p.308)

En Méjico y EE.UU

Similar a una antigua y multitudinaria Semana Santa del Grao, con heroínas bíblicas y aparatosos 'ronquinos'¹ o soldados romanos, los participantes no son pescadores valencianos ni obreros del puerto, sino descendientes de aquellos aztecas que se enfrentaron a Cortés. Esta celebración religiosa se representa cada año en el barrio mexicano de **Iztapalapa**, siendo la más popular de México, con miles de espectadores que acuden de toda la nación o lo ven por la TV estatal ¿Qué tiene que ver esto con Enrique Pérez Escrig? Lo que hablan los protagonistas son diálogos que siguen los de la obra 'El Mártir del Gólgota' del valenciano **Escrig**, gran novela histórica con descripción documentada de la Roma decadente y la irrupción del cristianismo (el concienzudo literato se documentó incluso con enigmáticos evangelios apócrifos). Todavía en 2007, en México, salió una de las ediciones de esta erudita obra publicada en 1864. 'El mártir del Gólgota' se tradujo al francés (París, 1868), y al inglés (Nueva York, 1887). Algo más al norte, desde Washington a New York, las novelas de Pérez Escrig servían para la enseñanza del español. La modélica prosa de relatos como 'Amparo' era analizada y puesta de ejemplo para los alumnos yanquis que deseaban aprender la lengua de Cervantes.



Las narraciones del valenciano Pérez Escrig sirvieron durante años de modélica prosa para estudiar español en Estados Unidos.

La crítica actual desprecia a Pérez Escrig al considerarlo simple autor de novelas por entregas, olvidando que el novelista, con seudónimo, utilizó este recurso para obtener beneficios que le permitieron seguir con su faceta de escritor culto y de minorías, aunque la publicación por folletos no suponía menoscabo en la calidad. Flaubert publicó por entregas su *Madame Bovary*, de igual modo que lo hicieron Dumas y Víctor Hugo. La universal cultura de Pérez Escrig le permitía describir literariamente la Florencia de Lorenzo el Magnífico, la 'perseverancia de Benjamin Franklin', las 'excentricidades de Byron' o la brumosa 'Dinamarca de Hamlet'. Típico valenciano apasionado por la música, Escrig admira en sus escritos a Tartini y su famosa sonata 'El Trino del Diablo', así como las cualidades del violín Stradivarius. Polifacético, llegó a escribir piezas de zarzuela, '¡Vivan las cadenas!' (a.1879) y 'Cuarzo, piritita y alcohol' (1855), con mineros, accionistas, estafadores y geólogos de la mina 'Bonaplata', enfrentados alrededor del "espato calizo, piritita azufrosa y betas de cuarzo" en una extraña fusión de romanticismo e industrialización. También fue celebrado autor de comedias y, en el polo opuesto, ejerció de crítico literario en, p.ej., 'La Ilustración artística' de Barcelona.

¹ Del centurión romano *Longinius* o *Longino*, de tanto éxito en iconología y literatura hagiográfica, a lo largo de los siglos nació el valenciano *ronquino*, soldado romano de la Semana Santa del Cabañal: "com els ronquinos son els que li pegaren la llansá a Cristo..." (Meliá, F.: *Al pas del Nasareno*, 1928, p.8)

¿Quién era Enrique Pérez Escrig?

Nacido en Valencia en 1829, el poeta, periodista, melómano, dramaturgo, crítico literario y novelista Pérez Escrig encarnaría en su juventud, al trasladarse a Madrid a los 19 años, la penosa vida del escritor bohemio de "gabán mugriento, sombrero abollado y botas descosidas", según leo en sus memorias. Al hablar de la tierra valenciana no escatima elogios: "es la mejor tierra del mundo, porque en ella se encuentran reunidos todos los dones que la naturaleza espació por el universo" (El frac azul, p.32). La apasionada afición a la literatura y el deseo de publicar novelas y estrenar dramas en los teatros de Madrid chocaban con su lamentable situación económica. Buscando ayuda, sólo su tío labrador le proporcionó algo de dinero, aunque previamente le gastó las clásicas bromas de alquería, con labradoras que gritaban *¡Per la Mare dels Desamparats!* ante las desquiciadas pretensiones poéticas del joven. Siguiendo el juego, al salir de la alquería, el alegre tío le arrojó un jarro de agua ante las risotadas de las jóvenes que reían la broma. Escrig siempre estuvo agradecido al jueguista pariente.

Asentado en Madrid tras mil vicisitudes, en las memorias mostraba sus ideales democráticos y el desacuerdo por la mastodónica administración: "Si en España todos los que comen del presupuesto se pusieran un sombrero encarnado, las calles de Madrid se convertirían en un campo de amapolas" (ib. p.62) La crítica social se asociaba al costumbrismo satírico en este autor.

La paella en la Albufera y la visita al moribundo Bernat y Baldoví

pueda oír su amo:

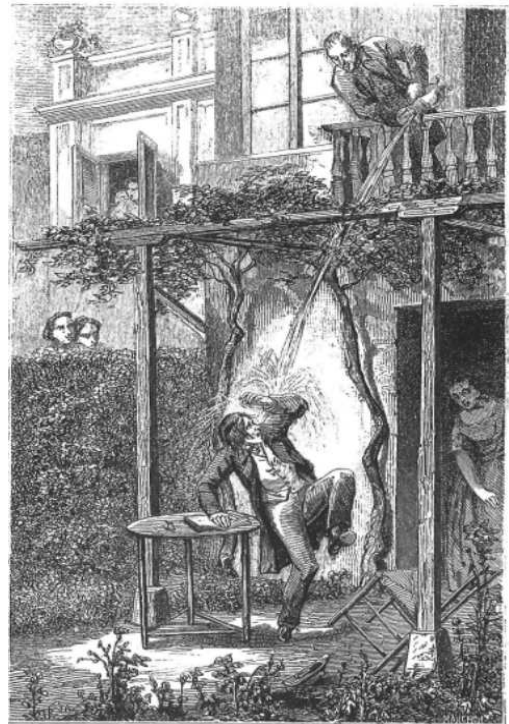
- ¡Als bots, per la banda del palmar!*
- ¡Als bots, per la banda del saler!*
- ¡Als bots, per la banda de terra!*
- ¡Als bots, per la banda de la mar!*

De esta manera le avisa por los cuatro pu-

Escrig recordaba las voces de alerta del barquero, en valenciano, ante el vuelo de los patos (p.234).

invulnerable como el **castillo de Sax**" (Escrig: El músico de la murga, 1870, p.10); "el fértil y pintoresco **Reino de Valencia**" (Pérez Escrig: El cura de aldea, 1863, p.127); "**un carro valenciano** con cinco mulas y el tradicional borriquillo delantero (...) Broqués, de carácter alegre y vivo, **como buen valenciano** (...) un **frasco de pólvora valenciana** con incrustaciones de plata (...) la góndola en Venecia y **la tartana en Valencia**" (Pérez Escrig: La Mancha, pp. 267, 54, 302, 29)...

A finales del 1864 regresó a Valencia para participar en una cacería con los amigos en la Albufera. El narrador, en sus memorias, recuerda que «arregló sus chismes, cogió la escopeta, la caja de cartuchos, el capote de monte y el saco de noche, y tomó el tren correo de Valencia, apeándose al día siguiente en la estación de Silla, donde le esperaban sus amigos». En aquellas jornadas cinegéticas aprovechaba Escrig para describir detalles como "la **demaná**, el cazador pide el punto que le ha aconsejado el barquero" (p.229), o las "dos clases de cacerías nocturnas que conocen y practican los valencianos: **la choca y les paranses**" (Pérez Escrig: Los cazadores, p.213)



"...el tío (de Pérez Escrig) le echó un jarro de agua que le empapó desde la cabeza a los pies. Esta chanza humorística del dueño de la alquería hizo prorrumpir en una segunda carcajada a los espectadores"

De forma amena describe los tensos instantes de la cacería desde la "*Mateta dels Esclafidors*", con la cercanía de "*foches y collverts*" y los gritos en valenciano del barquero. Tras la agotadora cacería no podía faltar la joya de la gastronomía, la '*paella*', que escribe en cursiva por ser vocablo valenciano y, como manjar, aún era desconocido en el resto de España:

«La cacería fue abundante. Después se comió con buen apetito y mejor humor una sabrosa y succulenta *paella*, en donde no faltó la jugosa anguila, criada en las acequias de la Albufera, ni el rico **vino de Turís**» (p.238)

Terminada la comida, "después de saboreado con calma el digestivo café", Escrig llamó al barquero y ajustó el pasaje por el lago hasta la casa de su viejo amigo, "el poeta José, la musa del Júcar". Aquel festivo y genial notario que había hecho reír a los valencianos con el Virgo de Visanteta era un triste anciano que, a las pocas semanas, abandonaría este mundo. Tanto Escrig como Baldoví eran conscientes de la situación. La pluma de Escrig ofrece una realista descripción del ambiente que rodeaba a la *Musa del Xúquer* en aquellos días que, como nostálgica huella del lejano humor, aún conservaba poesías sainetescas en la puerta y paredes del jardín.

«Sobre la elegante y majestuosa puerta que daba paso al jardín se leían estos versos:

No podrá ningún profano
tomar sin permiso mío
más que el sol cuando haga frío
y la sombra en el verano»

Escrig reconoció en aquella fácil redondilla la musa alegre y festiva de su amigo Baldoví. Tras atravesar "una gran sala que en Madrid hubiera servido para salón de baile", entró en el gabinete de Bernat y Baldoví, habitación espaciosa con paredes de yeso blanco, muebles de nogal, lienzos, una cómoda, etc. Todo tenía el carácter de la celda de un monje. El hermoso y poético sol de la tarde penetraba por el balcón y, según pensó Escrig, la muerte acechaba al gran sainetista. «¡Ah! ¡Qué cambio tan notable había experimentado aquella fisonomía! El alegre poeta de otros tiempos no era otra cosa que un cadáver galvanizado, un autómatas sin voluntad propia" (p.241). Fue la última vez, recordaba Escrig, que conversó con la Musa del Júcar ¡Qué tiempos aquellos en que Escrig y Baldoví conspiraban literaria y burlescamente contra los políticos madrileños en el café La Perla!. Las picantes odas se las leían previamente al peluquero Raigon de la Puerta del Sol (donde también acudían ministros y altos militares), para ver el efecto hilarante: "Los polvos de Quiroga, / que en casa de Raigon su arraigo tienen...". El sentido del humor de Escrig y la familiaridad que tenía con Bernat y Baldoví le permitían estas licencias satíricas al describir a su colega de juergas en Madrid, textos que al de Sueca le provocaban carcajadas:

"un poeta cuya musa, tan fácil y juguetona como desvergonzada, había adquirido celebridad en la república de las letras... por su abultado abdomen y por su reputación como gran versificador, tiene algo de planta exótica. Casi todas las noches se presentaba con alguna sátira nueva, dedicada a algún ministro, a algún alto funcionario o a algún general.... para hacer una combinación de letras que diera por resultado un epigrama terrible. Rico por su casa y con un carácter independiente, abandonaba con frecuencia las poéticas riberas del Júcar para pasar largas temporadas en Madrid, gastando su renta o jugándola a un carta, con la impasibilidad de un inglés consumido por el spleen (es decir, aparentaba la inmutable seriedad melancólica del jugador experto). Pero como tiene la desgracia de ser un poco torpe de oído...".

Tras la cacería en la Albufera, Escrig regresó a Madrid y Bernat y Baldoví se marchó de esta vida a las pocas semanas del encuentro con su viejo colega de francachelas madrileñas, cuando bebían «la bala rasa (aguardiente) en ayunas». Por cierto, Baldoví no murió ignorado por sus compatriotas, sino que él, debido a su estado, no quería recibir a nadie; salvo a viejos compañeros.

Pérez Escrig y los valencianos



El éxito de venta de los relatos de Escrig, como el obtenido con *Fortuna*, permitía al editor la publicación de textos en prosa y verso de exaltación nacionalista catalana.

asomar á sus labios una sonrisa de satisfacción: «*Valencia es la millor terreta del mon.*»

En la obra de Escrig se podía leer la popular frase en valenciano: "Valencia es la millor terreta del mon" (Pérez Escrig; Valenciana, Ed. López, Rambla del Centro, Barcelona, 20, c.1860, p.139)

El librero López Bernagossi, nacido en Gerona en el mismo año que Escrig en Valencia (a.1829), desarrolló desde 1855 una fructífera labor editorial en Barcelona. Fundador de *La Campana de Gracia* y *L'Esquella de la Torratxa*, semanarios de vida más longeva en la prensa catalana, de su taller salieron ediciones de la Renaixença gracias a las ganancias obtenidas por su habilidad para atraer autores de éxito como Pérez Escrig, del que publicó varias de sus obras en la década del 1860. Así, de su imprenta de la Rambla del Centro en Barcelona salió 'Valenciana', ensayo de Escrig sobre la personalidad de nuestros antepasados. El texto estaba en español, pero intercalaba frases en lengua valenciana, la usada con su entrañable amigo Bernat y Baldoví. Le gustaba recordar "les festes de carrer o de poblet... el tabalet y la donsaina" (Valenciana, p. 155), acontecimientos que se solían acompañar con la imprescindible "paella" (p.156) de la "millor terreta del mon".

El novelista explicaba a los lectores las propiedades del "valenciano, dulce, suave, expresivo como ninguno, salpicado de palabras árabes, latinas, italianas, compuesto de muchas lenguas". En otros pasajes de la obra entremezcla voces valencianas en el texto castellano: "*la traca*, especie de culebra de pólvora que..."; y "*el masclet*, colección de pequeños tubos de hierro...":

En las fiestas de la calle no falta nunca la función de pólvora; *la traca*, especie de culebra de pólvora que rodea las iglesias; *els masclets*, colección de pequeños tubos de hierro cargados de pólvora y hundidos en la tierra,

Cuando Escrig incluye léxico valenciano desconocido en castellano y catalán, ofrece el significado. Es el caso del mítico *roder* que, aclara, solía ser el huido de la justicia por razones de honor, enfrentamientos por la mujer amada, etc. El fugitivo contaba frecuentemente con la complicidad e incluso admiración de los vecinos de la comarca, que le proporcionaban alojamiento si estaba herido, o víveres:

ha oído, y dice en voz baja á su esposa:
—*Es el roder; tindrà fam; donam algo
pera ell* (1).

En nota a pie de página, Escrig traducía el texto valenciano al castellano: «(roder) Es el que huye de la justicia; tendrá hambre; dame algo para él.» (p.160). Otra palabra que hallamos en la prosa de Escrig es la del expósito o "bort", que aplicado al huérfano o abandonado carecía de carga peyorativa en valenciano. Al tratar de la adopción por un matrimonio estéril, Escrig explicaba que el "bort" era el más querido y bien tratado de los hijos. El novelista mantenía la grafía *bort*, con la

valenciana -t final: "fill bort" (Esteve: Liber, 1472), "bastart o bort" (Porcar: Dietari, 1606, f. 106)...

—Un matrimonio sin hijos es un día sin sol,
una fuente sin agua, una flor sin perfume, un
pájaro sin alas. A ti te falta un chico; Dios no
ha querido dárnoslo; vamos à Valencia per
un bort. (1)

El nombre del pequeño abandonado en un establecimiento benéfico tenía poca diferencia en valenciano, castellano y catalán, una letra o dos; hecho frecuente en las neolatinas hispánicas:

valenciano **bort**
catalán **bord**
castellano **borde**

En la segunda mitad del XIX, con el éxito de Pérez Escrig en Barcelona, también lo tenía el teatro valenciano que se representaba en la ciudad condal. El periódico La Vanguardia fue testigo de la tradicional penetración del valenciano en el corazón de Cataluña, bien con reediciones de los clásicos o las aplaudidas comedias del XIX. En vida de Pérez Escrig, en el verano de 1888, el Teatro Calvo-Vico, situado en la Gran Via de les Corts, ofrecía "producciones escritas **en valenciano**" (La Vanguardia, 11 de agosto 1888, p.2). La lengua de Escalante y Azorín se escuchaba en teatros y hasta en el Salón de Ciento del Ayuntamiento de Barcelona; p. ej., cuando se celebró el banquete a Alonso Martínez, ministro de Gracia y Justicia, y "el señor Capdeponet les habló **en valenciano**" (La Vanguardia, 13 abril 1887, p.3).

Esta noche inaugurará sus funciones en el teatro Calvo-Vico, la compañía valenciana que dirige el primer actor don Manuel Llorens. Se pondrá en escena las producciones escritas en valenciano, «Pobres y ricos» y «La escaleta del dimoni». Cree-

Las obras '**escritas en valenciano**' siempre estaban en cartel en los céntricos teatros de Barcelona. En ocasiones, debido al éxito, se traducían al catalán, como se hizo con 'La escaleta del dimoni', representada en agosto de 1888 en Barcelona y traducida al catalán en la "Biblioteca d'autors catalans" (Imp. La Renaixensa, Barcelona, h. 1910).

en la lengua castellana? Yo recuerdo à mi pobre y malogrado primo Aparici y Gujorro, le recuerdo ahora mismo porque en compañía suya y aun vivia con él bajo un mismo techo buena parte de mi vida; pues yo nunca le oí hablar en castellano en familia; siempre que se dirigia à nosotros hablaba en valenciano; tenía una naturaleza muy plañidera, muy dada à quejarse como buen poeta (risas); se reía à mandíbula batiente y me echaba en cara mi optimismo heleno-latino, y siempre nos decía *fills meus, estich malaltet*; pues cuando aquel hombre que no hablaba en familia jamás sino nuestra lengua valenciano, solia levantarse

Y en la conferencia impartida por Emilio Castelar en el Ateneo de Barcelona, el político recordaba su infancia y juventud en Elda y Alicante con alguna referencia a la lengua:

«siempre que se dirigía a nosotros hablaba **en valenciano**; tenía una naturaleza muy plañidera, muy dada a quejarse como buen poeta; se reía a mandíbula batiente y me echaba en cara mi optimismo heleno-latino, y nos decía *fills meus, estich malaltet*; pues cuando aquel hombre que no hablaba en familia sino **nuestra lengua valenciana...**» (La Vanguardia, miércoles, 31 de octubre 1888, p.4)

Aquella oratoria de Emilio Castelar recordaba a los que abarrotaban el salón del Ateneo de Barcelona, que "el payeter (sic) de Valencia no sabía más que la lengua de mi madre, **la lengua valenciana.**"

... ¡vive España! (grandes aplausos).
 No, no; hablaban castellano los héroes de
 Bailón; hablaban gallego los del puente de
 San Payo; el payeter de Valencia no sabía más
 que la lengua de mi madre, la lengua valen-
 ciana: Sin embargo todos ellos destruyeron a
 Napoleón y derramaron la libertad por e-
 ...

El político Emilio Castelar, en sus largas estancias en Madrid, siempre se sintió valenciano y, probablemente, coincidiría en más de una ocasión con Bernat y Baldoví y Pérez Escrig, de quien era rigurosamente coetáneo. Ministros e intelectuales solían compartir la peluquería Raigon de la Puerta del Sol y, asiduamente, visitaban aquellos cafés de Minerva, el Suizo o la Perla, donde un eufórico Pérez Escrig improvisaba versos entre la niebla del tabaco y los vapores del alcohol:

«Mas ¡vive Dios! que me estaco;
 ¡tabaco!
 que me falta inspiración;
 ¡rom!
 que ya qué decir no sé;
 ¡café!
 ¡Basta de charla! Acabé;
 y no me digáis que cante,
 mientras no tenga delante
 tabaco, rom y café.»

El novelista nunca dejó de tener contacto con su tierra; y no sólo acudía a la Albufera. Cuando aún joven cae agotado por la febril actividad literaria, en sus memorias recuerda la feliz convalecencia en el Maestrat de Montesa, (territorio que pertenecía a la antaño poderosa Orden Militar de Montesa del Reino de Valencia) que plazeramente recorre con manta morella en la montura y cuaderno de notas, desde "Alcalá de Chisbert" a las "charcas de Peñíscola" (p.546), en compañía del antiguo combatiente carlista 'Francisquet', donde cazaron "collverts". Recuperado de la enfermedad, Escrig retornó a la batalla intelectual en Madrid, donde el pintor valenciano Ricardo Navarrete (Alcoy, 1834) lo retrató en la melancólica edad en que se comienza a perder amigos. Desaparecido Bernat y Baldoví, sarcástico compañero de juergas madrileñas, el novelista repasaba nostálgicamente a los compañeros de Valencia que fallecieron jóvenes, como aquel Juan que, a los 25 años, tras batallar con "los hijos del desierto" es destinado al Caribe y, a los pocos días de llegar, "murió de vómito en la isla de Cuba" (p.542). El llamado 'vómito negro' provocó más víctimas españolas que las balas del enemigo.

Los políticos e intelectuales valencianos que residían en aquel Madrid familiar de Pérez Escrig debieron conocerse al frecuentar los mismos lugares del Senado, Congreso y cafés habituales. Castelar fue ministro de Estado y presidente del Congreso de los Diputados, mientras que Bernat y Baldoví era Diputado en Cortes y Capdepon, aquel que hablaba valenciano en Barcelona, fue senador y ministro de Ultramar. El idioma hablado entre sí por estos personajes no pasaría inadvertido para intelectuales como el erudito navarro Pascual Madoz, diputado, presidente de las Cortes, ministro..., además



... y escribía, con sus perros al lado

El convaleciente Escrig, en los montes del Maestrat de Montesa, aprovechaba el descanso en la caza de *conills* y *collverts* para seguir con sus relatos.

colega de los susodichos en las Cortes. Madoz es hoy recordado por su diccionario, donde las referencias al idioma de Pérez Escrig están presentes:

"el proverbio tan conocido entre los valencianos, *si vols viure poc y ferte ric, vesten a Alberic*, cuya traducción al castellano es: si quieres enriquecer y luego morir, vete a Alberic a vivir" (I, p.320); "cuyo nombre se llama **en valenciano llidoner**" (I, p. 117); "se componía de 3 pequeñas posadas. **Hostalets en valenciano**" (IX, p.242); "en Elda y Salinas se habla castellano, aunque sin pureza y buena elección de voces; en Monóvar, Pinoso y Petrel **el valenciano** bastante cerrado" (XI, p.507); "la torre mayor llamada Miguelete. **Micalet en valenciano**"(XV, p.376); "predicándose **en idioma valenciano**" (XV, p.386).

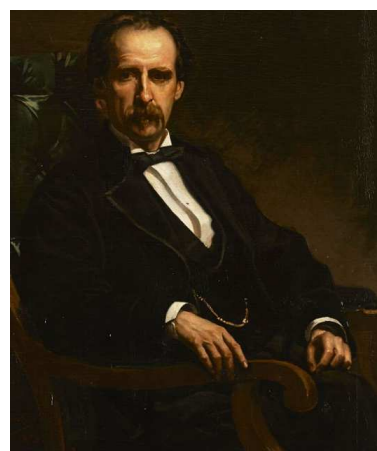
Pérez Escrig tenía presenta la lengua valenciana, y también a los valencianos que usaron la lengua española, como Gil Polo, a quien cita en sus memorias. La faceta de crítico sarcástico de Escrig era conocida y, como admirador de su amigo Baldoví, cargaba de ironía sus comentarios. Así, al enjuiciar a una engreída y plomiza poetisa:

«Si **Gil Polo**, el ilustre poeta valenciano del siglo diez y seis, hubiera asomado la cabeza por el salón y oído las quintillas de la poetisa, indudablemente se habría vuelto á su fosa, maldiciendo a la profanadora... La poetisa leyó con un sonsonete adormecedor sus quintillas... balanceaba la cabeza acompasadamente como el péndulo de un reloj de pared, y hubo en la reunión quien se mareó, hasta el punto de perder la luz de los ojos». El mordaz sarcasmo de Escrig se agudiza ante la juerga de los asistentes que, alborozados ante la finalización del suplicio, gritaron: «¡Bravo! ¡Bien! ¡Sublime!» (p. 373)

Las postrimerías de un valenciano en Madrid

La seriedad de Pérez Escrig en su madurez, captada por el pintor alcoyano Navarrete, reflejaba la serenidad de quien había vivido en la convulsa España del XIX; aunque las vivencias cinegéticas alegraban su memoria en la vejez, fuera con personajes como aquel cazador de la Albufera «llamado de apodo **Cagarnera**, es decir, Jilguero» (Pérez Escrig: Los cazadores, 1876, p.218), o las andanzas por la Mancha:

"A mis paisanos los cazadores de Valencia, para que se formen una idea de las Charcas de Daimiel, si no las conocen, les diré que son una ampliación del **Fanch de fora** de la Albufera... Martí de Veses ha puesto a contribución a Valencia para poetizar las Charcas de Daimiel: barquichuelas, cimbeles, todo lo ha traído..., hasta **la paella**... yo no comprendo la cacería de las acuáticas sin aquellos tipos de la Albufera, sin **aquelles charraes de doctes de camalets**" (Pérez Escrig: Los cazadores, Madrid, 1876, p.273).



El pintor valenciano Ricardo Navarrete (Alcoy, 1834) realizó el mejor retrato de Pérez Escrig.

El paraíso de la Albufera y sus puestos de caza volvían una y otra vez al novelista: "El Amichanat, Les Barres, La Antina, El Fanch de fora..."; y las embarcaciones que cruzaban el lago entre "El Saler, Silla, Sollana, Sueca, Perelló y Palmar...". Era el borroso pretérito; pero por encima de anécdotas de juventud, pleitos con el hijo del suicida Larra, barricadas de la calle Atocha, cacerías con el teniente general Lorenzo Milans del Bosch o las luchas fratricidas entre carlistas y liberales, la pasión del narrador fue la literatura desde aquellos días de ingenuo joven bohemio de "gabán mugriento, sombrero abollado y botas descosidas". Su muerte llegó en 1897, cuando el Imperio de España también agonizaba entre el 'vómito negro' y la flota estadounidense en Cuba.